

YO QUERÍA VER EL MUNDO

OMOSHALEWA AREWA, “SHALLY”

Laura Gandolfo



Ella casi siempre sonríe, con mirada al mismo tiempo tierna y chispeante. “Es muy larga mi historia”, reconoce. Esta mujer, de 47 años pero que por su expresión y gestualidad puede pasar por alguien 20 años menor, delgada, de maneras suaves y espíritu vivaz, decidió vivir en Uruguay junto a su hijo Elías, de cinco años. Se llama Omoshalewa Arewa, pero todos le dicen de manera más corta y sencilla: Shally. Vive en el barrio La Teja junto a Elías, que asiste a la escuela de tiempo completo Joaquín Suárez. Shally nació bien lejos, en Nigeria y llegó a Uruguay por primera vez en enero de 2010.

Actualmente trabaja como auxiliar de servicio en El Abrojo, donde se encarga de la limpieza del local central y del edificio de Casa Abierta (en Vicente Basagoity 3922), uno de los centros de niños y niñas de la organización.

Shally llegó a El Abrojo a través de alguien que conocía la institución: la partera que atendió el nacimiento de su hijo. Arribó a América del Sur movida por la necesidad de huir de la violencia y las desigualdades en su país. Primero vino a Uruguay, donde conoció al que sería el padre de Elías, otro nigeriano que había llegado al país como polizón en un barco. Se conocieron una tarde en la Plaza Independencia, donde Shally asegura que siempre, al anochecer, se encuentran los pocos nigerianos de Montevideo. Por un tiempo ambos se radicaron en Brasil, y al fin volvió a Uruguay definitivamente, donde quedó embarazada y nació Elías (nombre completo: Elijah Madabuchi Arewa Onugha). Shally se separó del padre en medio de una situación complicada, pero aunque este se raedicó en Alemania hace un tiempo, siguen hablando para mantener el vínculo con el hijo en común.

Sin muchas opciones de trabajo, con dificultades para comunicarse y sufriendo violencia doméstica, comienza a trabajar en El Abrojo. Vivió en pensiones y en refugios del MIDES para mujeres con hijos, pero hoy Shally logró alquilar su propio hogar.

“Vivía cerca de Casa Abierta”, recuerda Paula Baleato en El Abrojo, una de las personas que más frecuentemente tiene trato con Shally, “y llega buscando apoyo como vecina de la zona, apoyo para la inserción del hijo, que era muy chiquito, y ella quería que fuera a un centro CAIF. Después se le da apoyo por una situación de violencia que estaba viviendo. Deja a su pareja, y pasa a vivir con Elías en un refugio del MIDES para mujeres con hijos, víctimas de violencia doméstica. Ahí vive ocho meses, o un poco más, y después pasa a otro dispositivo del MIDES, para mujeres que pueden recomponerse, buscar trabajo... Participó en el programa Barrido Otoñal, que es un convenio nuestro con la Intendencia de Montevideo, para mujeres que hacen una pasantía laboral. Y de ahí se genera una oportunidad para trabajar acá, en la limpieza del local central”.

Quienes la conocen de cerca saben que Shally es una mujer muy fuerte, que supo atravesar momentos muy difíciles en su vida y se animó a venir a vivir a un país muy lejano y distinto, cultural y socialmente. Es aventurera, emprendedora, directa, muy alegre y agradecida. Se transformó en un personaje en El Abrojo, donde todo el mundo la quiere y conoce. Hay algo notoriamente no uruguayo en su gestualidad, en su tono y en su manera de tratar a los demás.

Shally habla en un español limitado, compensado por su gran simpatía y ganas de comunicarse. “Me llamaron, yo les dije que no tenía trabajo y que tenía interés en trabajar. De hecho, cuando ellas me llamaron, yo estaba buscando trabajo. Desde el 2015 hasta ahora he estado con ellos.”

Antes de eso, había participado durante siete meses en la iniciativa de barrido de calles de la ONG antes de que le ofrecieran su actual puesto estable, y cuando se charla con ella, enseguida se nota su gratitud para con las personas que la han ayudado en este largo camino para conseguir su estabilidad.

La relación de Shally y El Abrojo se hizo más profunda cuando se planteó que ya no quería vivir en el hogar de acogida. Cuenta Paula Baleato: “Ella se quería ir, estaba mal en ese hogar del MIDES, que lo gestiona una cooperativa de trabajo. Y viendo alternativas, me entero de un subsidio que da el Ministerio de Vivienda para mujeres víctimas de violencia doméstica, en el cuál ellos (el Ministerio) te alquila una casa por dos años. Pero la entrada, la presentación para acceder a ese subsidio la tenía que hacer el equipo técnico del MIDES y de la cooperativa del refugio donde ella vivía. Ellos la tenían que derivar. Y ahí se dan unas semanas de encontronazos entre el equipo nuestro y el de la cooperativa. Ellos no la querían apoyar, planteaban que no la veían en condiciones de hacerse cargo sola de su hijo. ¡A una mujer que se atravesó el mundo! ¡Qué entendés por hacerse cargo!”

Las gestiones de El Abrojo terminaron fructificando, y Shally pudo acceder a su vivienda, una casita confortable en Pueblo Victoria (La Teja). “De casualidad es vecina mía”, cuenta sonriendo Paula Baleato, “vive a cinco cuadras de mi casa”.

* * *

Cuando Shally se fue de su país, según cuenta, fue porque le gusta viajar. “El primer lugar donde fui fue Egipto, del año 2007 al 2010. Luego me vine a Uruguay, después a Brasil y finalmente a Uruguay otra vez. En mi país estaba bien, yo trabajaba en la Secretaría, en un lugar que es como la Intendencia de acá. Estaba bien, contenta, pero cansada y querien-

do ver el mundo, conocer otros países y su gente. No soy una persona a la que le guste quedarse en un lugar solo.” Ahora reconoce que en Uruguay se está bien porque hay paz. “Es lo más importante del mundo, porque no todos los países tienen paz. En mi país hay paz pero a veces hay problemas con los terroristas y con los políticos... como en todo el mundo. Pero más allá de eso, todo bien.”

En Nigeria dejó cuatro hermanas y un hermano, que son graduados universitarios. Una de sus hermanas estudió Historia y Relaciones Internacionales. Su padre se jubiló como policía secreto y actualmente vende materiales para la construcción. Su madre también trabajó en limpieza, en ese organismo similar a la Intendencia de Uruguay, pero con los años se enfermó y no pudo seguir haciéndolo.

Durante su complejo recorrido vital, Shally se ha sostenido en gran parte gracias a la fe en Dios, como practicante pentecostal que es. Después de 11 años de haberse ido de su país, expresa con mucha firmeza que no volvería a Nigeria: “Todavía no”, asegura. Contenta, cuenta que en Uruguay tiene “una hermosa familia”. “Son todos como mi familia, en El Abrojo. Son muy adorables, muy amigables: quieren saber cómo estoy, me dicen que si tengo problemas les avise a ellos, que me van a ayudar. Son muy buenos. Me mandaron a estudiar un curso de español para que yo aprenda más el idioma.”

De Uruguay lo que más le gusta es que las personas son “amorosas” y, asegura, siempre le dicen: “Shally, ¿todo bien, precisas algo?”. “Claro que hay gente mala, como en todo el mundo, es así. En la calle también son buenos, yo nunca tuve problemas con la gente aquí: son muy inclusivos. Me decían que cómo me había venido a vivir acá, un lugar en el que no hay plata, con muchos pobres. Pero yo acá tengo comida y eso no es un problema para mí.” Y repite: “El uruguayo no tiene problemas, porque Uruguay es muy rico al tener paz, que es lo

más importante del mundo. Eso es lo que muchos países del mundo siguen buscando hasta ahora”.

Shally opina que en Uruguay “no hay mucha plata”. “Pero se puede vivir confortablemente, en buena convivencia, trabajando y contando con el otro. Para mí eso es más importante. La plata no puede comprar eso. Acá se puede vivir bien: trabajando se puede juntar plata para comer, para hacer cosas, para pagar el alquiler y el agua. Eso en muchos países no lo tienen.”

Esta estabilidad es lo que quiere darle su hijo también. Como nació en Uruguay, Elías tiene un buen manejo del idioma. “Él a veces me dice ‘mamá: así no’ y me corrige cómo hablo. Me dice ‘Repetí conmigo...’. ¡Es insolente! (se ríe): ‘Mamá, cuántas veces te lo voy a decir’. Tiene paciencia para avisarme siempre cuando hablo mal, y corregirme. Me dice que hable y me dice ‘Ta mamá, así está bien’.”

A Shally le gusta la comida uruguaya pero reconoce que lo que extraña de su país es la pesca, porque acá es “muy caro” comer pescado. “El pescado es muy importante para todos, pues le da vitaminas al cuerpo y es mucho mejor que la carne y que el pollo. Cuando el padre de Elías vivía en Montevideo y trabajaba en Fripur, cada semana teníamos pescado y comíamos diferente. Pero en mi país es muy barato. Además se puede pescar mucho para comer. Acá no. No sé por qué es así. Ahora todo está caro: el alquiler, la comida, el boleto... No es fácil para la gente.”

La afecta mucho ver personas viviendo en la calle, madres con niños. “Por suerte ahora hay ayudas: antes la gente moría cuando el clima cambiaba como ahora, y se ponía frío. Para mí no está bien que la gente viva en la calle. Por eso está tan bien el trabajo del MIDES, que ayuda.”

La relación de Shally con Uruguay comenzó cuando vivió tres años en El Cairo, la capital de Egipto, trabajando como niñera, cuidando personas mayores, personas enfermas y haciendo limpiezas de casas. “Si había una persona muy muy enferma, me llamaban y yo podía ir a ayudar. Egipto me parecía muy bien, como acá, pero es musulmán, entonces yo no me podía quedar allá por mucho tiempo, por problemas políticos como en todo el mundo, y porque tienen terroristas, como en mi país.”

Fue en Egipto que Shally conoció a una uruguaya que le habló sobre este país ubicado al sur. “Y yo le dije ‘Nunca escuché hablar de ese lugar... Uru... ¿qué?! Me dijo ‘Sí, es un país chiquito, con poquita gente’. Le pregunté dónde era eso, y me dijo en Latinoamérica, me explicó que los latinos hablan español y me dio mucha curiosidad. Ella se fue y yo me quedé con su número de celular para contactarla pero después perdí el celular.”

Y un buen día Shally tomó un avión, y llegó a Montevideo. Y aquí sigue, por ahora.

Cuando habla, en sus palabras hay aceptación de lo que la vida le ha puesto delante, así como entrega y confianza en lo que va sucediendo día a día. A pesar de lo agitada y complicada que fue su vida, en su discurso no hay quejas ni remordimientos, ni arrepentimiento por haberse ido de Nigeria y dejado atrás los afectos. Incluso cuando habla de su familia de origen, que no ve hace 11 años (aunque hablan seguido vía Skype), lo hace de una manera tranquila, y comenta que sí, que le gustaría mucho que pudieran venir y conocer a su hijo.

Y charlar un rato, como solían hacer antes.